

GEOMETRÍA, FILOSOFÍA, TEOLOGÍA Y ARTE. EN TORNO A LA OBRA *PRINCIPIA PHILOSOPHIAE* DE RAMON LLULL

Partiendo del título se podría considerar la obra *Principia philosophiae* como un esbozo de la filosofía luliana.¹ Si Ramon Llull pretendió elaborar en esta obra los principios de la ciencia filosófica tal y como él la entendía no parece haber tenido este intento un gran éxito, pues este libro ha permanecido hasta hoy inédito y prácticamente desconocido. Detrás de la original y hermética enumeración de principios, consecuencias y cuestiones de la filosofía que se van desarrollando en este voluminoso tratado se pueden plantear una serie de interesantes reflexiones sobre la intención y el contexto del mismo, así como sobre el trasfondo lógico de este largo y ordenado inventario. Haciendo obligada referencia a nuestra introducción a la edición de esta obra donde hemos desarrollado *in extenso* el lugar de la misma dentro del corpus luliano² vamos a repetir aquí algunos puntos que pueden ayudar a determinar el puesto de la filosofía en el Arte o ciencia luliana.

Este libro es el último testimonio literario de la segunda estancia de Llull en París. Lo comenzó a escribir a finales del verano de 1299 antes de abandonar aquella ciudad, donde dio por concluida la primera parte. Después de una estancia en Barcelona se dirigió, después de una larga ausencia, a Mallorca en donde continuó escribiendo este libro que dio por terminado con la tercera parte en el verano del año 1300. A pesar de su volumen es este libro un gran torso pues quedó a medio camino de su proyecto inicial que, como se indica en la introducción, debería contener, por lo menos, cinco partes.

¹ Puede ser muy significativo que este libro se cite en el *Catalogus electorii* (n. 42) bajo el título de *Liber philosophiae*.

² *Principia philosophiae* (París 1299-Mallorca 1300). Ed. en *ROL* XIX, Introd.: pp. 3-77, Texto: pp. 79-326).

Esta obra está dictada por una circunstancia concreta y por un contexto particular. En su segunda estancia en París se ve Llull obligado a revisar su concepción de la ciencia y confrontarla con los postulados científicos del entorno universitario. En estos años Llull hubo de tomar definitivamente conciencia de las peculiaridades de su Arte que él abiertamente y sin la menor duda consideraba una nueva ciencia. *Principia philosophiae* es, pues, una obra escrita en París, en aquellos dos largos años en los que Ramon Llull tuvo que estudiar y enfrentarse con la teoría aristotélica de la ciencia y sus principios que de una manera abierta era aplicada a la teología en París, sobre todo por los dominicos.

1. La filosofía y el Arte

Este libro está escrito en el horizonte de las reflexiones sobre el puesto de la filosofía y de la teología dentro del conjunto de las ciencias tal y como se venía elaborando en París a la sombra del fuerte impacto que el aristotelismo había producido en las facultades de Artes y Teología. La teoría aristotélica determinaba que toda ciencia ha de laborar a través de proposiciones razonables (*conclusiones*, *theoremata*) deducidas de proposiciones irreducibles o principios. La ciencia se define, por ello, como *habitus conclusionum*. Los principios (axiomas; en latín: *dignitates*, *definitiones* y *petitiones*³) son proposiciones que han de ser «vera, necessaria, evidentia et prima», es decir, indemostrables y, como tales, han de imponerse inmediatamente al espíritu. Las ciencias particulares, o bien tienen sus propios principios (*principia propria*), o bien parten de principios subalternos, es decir, principios que se demuestran en otra ciencia, p.e. los principios de la óptica en la geometría (*principia subalternata*), que en cada ciencia son postulados o *petitiones principiorum*. La *Metaphysica* de Aristóteles es la ciencia que investiga los *principia communia* a todas las ciencias particulares.

Poco antes de escribir Llull *Principia philosophiae* había compuesto un *Liber de principiis theologiae*, que cita en el prólogo, para indicar que en éste que trata de los principios de la filosofía va a seguir el mismo método que en el anterior. La teoría aristotélica del saber científico aplicada a la teología significaba que ésta es una ciencia particular que parte de principios propios, los artículos de la fe, que, como los principios de todas las ciencias, son, *per definitionem*, indemostrables. Los teólogos del siglo XIII estaban, en general, de acuer-

³ En su acepción más clásica el axioma equivale al principio que, por su dignidad misma, es decir, por ocupar cierto lugar en un sistema de proposiciones debe juzgarse como verdadero. Para Aristóteles los axiomas son principios evidentes que constituyen el fundamento de toda ciencia.

do en considerar los artículos de la fe como *principia propria* de una ciencia particular llamada teología; Santo Tomás de Aquino, en cambio, los consideraba como *principia subalterna* demostrados en una ciencia superior (la *scientia Dei et beatorum*).⁴

En París, alrededor del año 1300, no sólo se reflexionaba profundamente sobre el puesto de la filosofía y de la teología dentro del conjunto de las ciencias. El discurso sobre los principios de la filosofía estaba condicionado por la elasticidad suma del término 'filosofía' que abarcaba desde la metafísica hasta las ciencias triviales y cuatriviales. Cuanto más las distintas disciplinas iban floreciendo y tomando nuevas formas, tanto más se preocupaban en determinar su carácter especial y su independencia en el ordenamiento general del saber. La contextura de las siete artes liberales que desde la temprana edad media había sido el fundamento para una clasificación de las ciencias se estaba quedando corta y sumamente estrecha. La estructura de las ciencias del *trivium* y del *quadrivium* no servían para determinar las tareas de cada una de las ciencias y tampoco servían para delimitar y determinar el conjunto general del saber.⁵ Se intentó, por ello, volver a las divisiones clásicas de las ciencias tal y como habían sido formuladas por Platón y Aristóteles buscando introducir las artes dentro de esa sistematización clásica.⁶ Es interesante hacer notar que, aunque Llull no pretendió hacer una reflexión profunda sobre la clasificación de las ciencias, parece que sigue, en líneas generales, el esquema de las escuelas teológicas del siglo XII, en especial Hugo de San Víctor y la Escuela de Chartres, cuyos representantes intentaron integrar en las teologías de tipo monástico una nueva visión del mundo y la naturaleza y replantearon el puesto de la teología dentro del conjunto de las ciencias.⁷ En general dividían los representantes de estas escuelas las ciencias en disciplinas teóricas y prácticas. Las ciencias teóricas se dividen en *naturales*, *ethicae* y *racionales*, las *naturales* a su vez en *philo-*

⁴ Cf. *Summa theologiae*, q. I, a. 2.

⁵ Sto. Tomás de Aquino dice con toda claridad: «Septem liberales artes non sufficienter dividunt philosophiam theoreticam» (*In Boeth. de trin.* q. 5 a.1 ad 3)

⁶ Una buena panorámica sobre la clasificación de las ciencias en la escolástica la ofrece L. Baur, *Dominikus Gundissalinus, De divisione philosophiae* (Münster 1903), y también M. Grabmann, *Geschichte der scholastischen Methode*, I, p. 251s., II, pp. 28-33, 235s. y 319s. Sobre la situación en París y el proceso de reflexión sobre los principios de la teología en relación a las otras ciencias cf. la clásica obra de Albert Lang, *Die theologische Prinzipienlehre der mittelalterlichen Scholastik* (Freiburg i. Br., 1964).

⁷ Cf. A. Maxsein, *Die Philosophie des Gilbertus Porretanus unter besonderer Berücksichtigung seiner Wissenschaftslehre* (Münster, 1929); A. Daniels, *Die Wissenschaftslehre des Johannes von Salisbury* (Kaldenkirchen, 1932), y J. Pedersen, «La recherche de la sagesse d'après Hugues de Saint-Victor», en *Classica et mediaevalia* 16 (1955), 91-133. Sobre Hugo de San Víctor y la Escuela de Chartres véase la excelente orientación de Evangelista Vilanova, *Història de la Teologia cristiana, I: Des dels orígens al segle XV* (Barcelona, 1985), pp. 411-3 y 419-436.

sophia naturalis, mathematica et metaphysica.⁸ En el último grupo se incluía también la teología. Importante es hacer notar que, siguiendo a Boecio, se ve la diferencia específica entre las ciencias teóricas en el grado de abstracción que exige el objeto de cada ciencia particular y consecuentemente el método que corresponde a las ciencias de la naturaleza, a las matemáticas y a la metafísica.

Los numerosos intentos de Llull para elaborar una teoría científica adecuada a su Arte hay que verlos en este contexto general. Como bien se sabe, el Arte, que viene a ser un intento de establecer una base intelectual para la apologética cristiana comienza con la enumeración de 'principia' que son la base y punto de partida de toda reflexión posterior.⁹ El Arte está fundado en dos tipos de principios muy distintos, expresados en forma visible en sus dos figuras básicas, la figura A y la figura T. La primera serie de principios es la de los atributos divinos, de los cuales hay dieciséis en todas las versiones del Arte anteriores al *Ars inuentiua ueritatis* (Pla 55; Bonner III.1) del año 1290 y nueve a partir de ésta. La segunda serie es la de los principios subordinados, agrupados para constituir cinco (tres a partir del *Ars inuentiua*) triángulos de distintos colores en el centro de la figura T.¹⁰

Utilizando muchos términos filosóficos en boga y dándole, a veces, un sentido diverso formula Llull las bases de su teoría científica. De los principios del Arte se asegura, en primer lugar, que son «certa et uniuersalia»¹¹ y, por ello, dan a ese método un carácter general determinando su opción de ciencia universal, pues teniendo cada ciencia «principia propria et diuersa a principiis aliarum scientiarum, idcirco requirit et appetit intellectus, quod sit una scientia generalis ad omnes scientias. Et hoc cum suis principiis generalibus, in quibus principia aliarum scientiarum particularium sint implicita et contenta, sicut particulare in uniuersali».¹² Llull deja fuera de toda duda que a los principios (*generalia, uni-*

⁸ Cf. infra not. 37.

⁹ *Ars inuentiua ueritatis*. De fine, *MOG* V, 206: «Ars autem ista inuentiua... multis de causis incomparabilem in se continet utilitatem. Est enim utilis ratione altitudinis supremorum principiorum, super quibus ista ars fundatur, omne quod est ambiens in eisdem». También Le Myésier ve en los principios «vere locus et origo, ubi et a quo dominus Raimundus Lull, contemplando primo, ut patet in Vita sua, incepit et quaeuit ueritates et causas omnium scibilium ueritatum... Patet ergo, quod ex eisdem sumus, operamur et cognoscimus, uiuimus et existimus et duramus. Et ideo ex praedictis principiis necessariis primis simpliciter uniuersalibus dependet tota Raimundi scientia», *Electorium* (= Paris, BN lat. 15450), fol. 93r y 94r/v.

¹⁰ «Sine T nihil fit in hac Arte sicut sine martello non operatur faber», *Introductoria artis demonstratiuae*, cap. V, *MOG* III, ii, 5 (59). Las figuras pueden verse en *MOG* I, antes del Int. vii; *MOG* III, antes del Int. ii; *MOG* V, al comienzo del tomo; *ORL* XVI, láminas en color al comienzo del vol.; *ROL* XII, pp. 197 y 200; *ROL* XIV, entre las pp. 10-11; *ROL* XVIII, pp. 211-2. Cf. también, entre otros, Ca I, entre las pp. 68-9; *Pla* I, pp. 195, 256 y 321; Cruz Hernández, en las láminas al final del libro; *OS* I, lámina XII.

¹¹ *Ars inueniendi particularia in uniuersalibus*, *MOG* III, vii, 35 (487).

¹² *Ars generalis ultima*, De prologo, lin. 11-15, *ROL* XIV, p. 5.

versalia et communia) del Arte y no a los principios de la filosofía corresponde el carácter de generalidad absoluta con respecto a las demás ciencias. El Arte contiene los 'principia propria' de todas las ciencias especiales, de suerte que toda la verdad puede ser inferida de ella. Los principios del Arte son «principia generalia et communia ad omnes scientias et ad omnes conclusiones et per se sunt cognita, et sine illis philosophia nec aliqua alia scientia potest esse».¹³ La universalidad de los principios del Arte es consecuencia de la semejanza de esta ciencia con la ciencia divina, cosa que no puede extrañar si se parte de un origen del Arte como iluminación divina: «...maxime enim haec scientia assimilatur scientiae diuinae, quae cum sit unita scientiae divinae, omnia ipsi Deo repraesentat, ita haec quodammodo est repraesentatiua omnium, quae cadere possunt sub inuestigatione humana breuibz et paucis».¹⁴ Consciente de estar hablando de una ciencia totalmente nueva y ante tamaña arrogancia de querer haber inventado una ciencia que está por encima de la teología y de la filosofía tiene Llull una explicación que no tiene reparo alguno en formularla así: él es, en verdad, un hombre de pocas luces y sin la capacidad intelectual de otros sabios y reconocidos maestros, pero la gracia de Dios quiso que fuese él, Ramon Llull, quien encontrase esta piedra preciosa que él se ha dedicado a pulir y engarzar bellamente.¹⁵

Los principios del Arte no son, pues, como los principios aristotélicos, proposiciones *per se notae*, las *dignitates* lulianas son conceptos. También son «vera, necessaria (es decir, 'non contingentia'), substantialia (es decir, 'non accidentalia'), propria (es decir, 'non appropriata', 'non peregrina') et evidentia (no para la 'ratio', sino para el 'intellectus')».¹⁶ Los términos utilizados por Llull para

¹³ *Declaratio Raimundi...* Prol., lin. 96, *ROL* XVII, p. 257.

¹⁴ *Introductoria artis demonstratiuae*, cap. xxxvii, *MOG* III, ii, 34 (88).

¹⁵ «Licet sim homo paruae discretionis et ualoris, mediante tamen gratia Dei possibile est, quod sicut aliquis pastor aut uenator inuenire posset aliquem lapidem pretiosum in campo, qui ipsum ad artificem portaret ad ipsum bene poliendum et ornandum, ut uirtus et pulchritudo ipsius lapidis appareret et relucere, inueni gratia Dei praedictas ueritates. Et bene scio, quod plures alii illas ueritates sciunt aut aliquas ipsarum», *Declaratio Raimundi...*, De fine operis, lin. 24-30 (*ROL* XVII, p. 401).

¹⁶ Dicho sea de paso que la terminología usual de 'absoluta et relativa principia' no parece ser de origen luliano, pues cuando Llull habla de 'principia' habla de 'decem et octo' sin distinciones. Él habla más bien de principios substanciales y accidentales cuando quiere distinguir las dignidades de la figura A de los triángulos de la figura T. Esta es, en realidad, la denominación más corriente a partir del *Ars inuentiva* (cf. *MOG* V, p. 38). Véase p.e. *Ars generalis ultima*, pars III, lin. 41 (*ROL* XIV, p. 22) y *Liber correlatiuorum innatorum*, lin. 95s. (*ROL* VI, 131). Es también la expresión utilizada por Le Myésier: *ROL* Sup. I, p. 15, lin. 2/3, y p. 19, lin. 27. En el fondo la denominación de principios absolutos y relativos es inexacta, pues también los principios 'absolutos' de la figura A o dignidades de la lógica luliana son originariamente conceptos de relación. El término 'absoluto' aplicado a los principios puede tener origen —como tantos otros conceptos arrimados al sistema luliano— en Ivo Salzinger. Se pueden llamar así a causa de su radicación ontológica en Dios, el Principio absolutamente primero, o también en consideración a que son concebidos con carácter absoluto sin referencia alguna a las diversidades de los objetos.

describir los atributos de los principios del Arte, aunque coinciden a veces con términos aristotélicos, no coinciden en su significado.¹⁷ Esos términos fueron, sin embargo, tan escrupulosamente analizados y pensados como en la teoría aristotélica. A través de la 'mixtio principiorum' se derivan los principios de las ciencias particulares. Un texto, ya clásico, de la *Introductoria artis demonstrativae* distingue entre el Arte, la lógica y la metafísica. La diferencias radican en que el Arte enseña la 'via inveniendi communia et propria principia in quacumque scientia' mientras que la metafísica partiendo de los 'principia inventa' deduce las 'proprietaes et passionis' de los sujetos y la lógica pone las 'regulae' por las que ha de resultar la 'deductio'.¹⁸

Aplicando esta construcción científica a la teología resulta que los artículos de la fe pueden ser demostrados a través de las 'definitiones dignitatum' del Arte. Las dignidades del Arte, como ya se ha insistido, son conceptos, los artículos de la fe, en cambio, son proposiciones expresadas como definiciones de

¹⁷ Aquí se muestra como Llull explota a su gusto el léxico filosófico contemporáneo, pero por falta de aprendizaje o, quizá, por no querer someterse a su dictado, lo desfigura y oscurece ignorando a veces sus concomitancias y significados ya consagrados por el uso. Se puede considerar también la complejidad de los conceptos lulianos, sus aparentes contradicciones con el vocabulario en boga y las cesuras de un discurso determinado por una exigencia apostólica que actúa decisivamente desde fuera del discurso mismo. Indicar todas las comparaciones y adjetivaciones de los principios del Arte sería tarea interminable. En el *Ars demonstrativa* son los principios *dignitates* (MOG III, iii, l [93]) y en el *Ars inuentiva* son «termini seu principia huius Artis» (MOG V, p. 1) o, atendiendo a su mera funcionalidad en el sistema, son «conditiones vel camerae» (ib., p. 2). Muchas veces se habla de *principia siue rationes* pues, de hecho, son los principios un sinónimo de dignidades y razones necesarias (p. e. ROL V, op. 154, p. 291). En esta triple denominación queda determinada también su función constitutiva en el Arte general. Para Llull son los principios *prima, innata, substantialia, generalissima, superiora, primitiva, uera, necessaria, infallibilia* etc.

¹⁸ «Sciendum est igitur, quod haec Ars et Logica et Metaphysica quodammodo circa idem versetur, quia circa omnia est earum intentio, uerumtamen in duobus differt ab aliis duabus, uidelicet in modo considerandi suum subiectum, et in modo principiorum. Metaphysica enim considerat res, quae sunt extra animam, prout conueniunt in ratione entis; Logica autem considerat res secundum esse, quod habent in anima, quia tractat de quibusdam intentionibus, quae consequuntur esse rerum intelligibilium, scilicet de genere, specie et talibus, et de iis, quae consistunt in actu rationis, scilicet de syllogismo, consequentia et talibus; sed haec Ars tanquam suprema omnium humanarum scientiarum indifferenter respicit ens secundum istum modum et secundum illum. Et sic patet, quod in modo considerandi ex parte subiecti differat.

Differt etiam ex parte principiorum, quia Metaphysica ponit, format et inuenit principia, ut statim actualiter ea applicet ad probandas passiones aut proprietates subiecti; Logica uero ponit communes regulas et considerationes, ex quibus possit syllogizari; haec scientia autem nulla principia actualiter exprimit per se loquendo, ex quibus arguatur, sed solum docet uiam inveniendi communia et propria principia in quacumque scientia, cognitis terminis illius scientiae, cuius principia quis uult inuenire; et habita aliquali notitia illius scientiae, solum ponit aliquos terminos principiorum, quibus mediantibus possunt formari infinitae propositiones, sicut infinita uerba formantur ex paucissimis literis, uidelicet ex literis alphabeti; uerumtamen sicut, quando artifex coniungit ligna in constructione domus, si utatur lignis praeparatis ab alio eiusdem artis perito, per accidens est, quia non solum de sua arte habet coniungere ligna, sed etiam praeparare illa, ita, si demonstrans per hanc artem utatur propositionibus formati ab alio, per accidens est; quia non solum demonstrans per hanc artem habet uti principiis, sed etiam formare et inuenire principia, et non solum communia principia». MOG III, ii, 1-2 (55-6). (El subrayado es mío).

las dignidades. Los artículos de la fe son, en la mente de Llull, 'proprietates' de las dignidades, de los principios del Arte. Considerando la filosofía, y comparando los tres libros escritos por Llull sobre los principios de la misma, llama la atención el diverso significado del término 'principia'. Nos encontramos que el *Liber principiorum philosophiae* y la *Lamentatio* son reflexiones sobre el proceder filosófico que parten de los 'principia propria' de la filosofía. En el libro que aquí consideramos, *Principia philosophiae*, pretende Llull, sin embargo, descubrir por medio del Arte ('inventiva') y a través de la 'mixtio principiorum' los 'principia communia' de las ciencias filosóficas. Aceptando, pues, esta interpretación, sería esta obra una especie de Meta-ciencia: de aquellos principios del Arte, conceptos simples presentes en todas las cosas, se deducen los primeros juicios sobre el ser de las cosas. En este paso, del concepto al juicio, comienza la filosofía luliana. Poco importa la forma inestable con que los sentidos nos muestren los objetos. Lo que el ente es nos lo dicen los juicios primeros sobre las propiedades y condiciones del ente deducidos de los conceptos universales del Arte que son principios del ser y del conocer, evidentes por sí mismos. La ciencia filosófica luliana es una fábrica de proposiciones (*principia philosophiae*) derivadas de los conceptos universales (*principia Artis*) elaborados según las reglas del Arte y formulados a través de las definiciones.

El Arte es, además de un método para la conversión de los infieles, un método para convertir proposiciones. Desde un punto de vista filosófico es una ciencia universal que sirve para encontrar la verdad: «Haec ars docet proponere quaestiones, et necessariis rationibus earum dubitationem breuiter soluere.»¹⁹ Partiendo del Arte surge el afán ambicioso de hacer aplicaciones a las ciencias particulares. Poco antes de escribir este *Principia philosophiae* sostiene Llull que los principios de que se componen las figuras del Arte son principios generales a todas las ciencias, por cuanto todo lo que es se reduce a ellos implícita o explícitamente.²⁰ Esta pretensión de abarcar todo el saber mediante la aplicación de un reducido número de principios subyuga a Llull desde el primer momento y constituye la gran ilusión de su vida intelectual. Pero la paradoja del Arte (y de toda ciencia universal) radica, de un lado, en la pretensión de querer reducir todo el saber a unos pocos principios y combinaciones y, de otro, en el consecuente ensanchamiento de horizontes en las ciencias particulares a medida que el artista aplica estos principios. La actividad literaria de Ramon Llull se reduce a perfeccionar el instrumental del Arte y aplicarlo de la forma más

¹⁹ *MOG* I, vii, 1 (433).

²⁰ «Principia ex quibus figurae sunt compositae sunt principia ad omnes scientias generalia, cum in ipsis quicquid est cadat implicite uel explicite» *Ars compendiosa* (cf. Carmelo Ottaviano, *L'«Ars compendiosa» de R. Lulle, avec une étude sur la bibliographie et le fond Ambrosien de Lulle*, "Études de Philosophie Médiévale", XII (Paris: Vrin, 1930; 2ª ed. 1981), p. 106).

breve y efectiva posible a todas las ciencias de su tiempo. Estas excursiones por los dominios de las disciplinas constituidas no pasan de ser una exposición de algunas materias y aspectos de la ciencia objeto de estudio hecha con arreglo a los principios del Arte general. Todos los libros en los que Llull intenta hacer una nueva metafísica, una nueva física, una nueva geometría, etc. están contruidos según una misma pauta apriorística y deductiva como dependencias de una ciencia general.

En el *Liber de fine* habla Llull de este proceso de aplicación del Arte a las ciencias particulares y cita «veinte artes especiales que descenden del Arte general». Entre ellas no se cita *Principia philosophiae*, a pesar de que se hubiera podido incluir perfectamente entre estas «artes specialissimae», que se llaman así porque «eorum principia subalternata sunt a generalissimis principiis Artis ipsius generalis».²¹ Los principios particulares de cada ciencia son derivados de los principios generales del Arte. Llull habla, pues, de los principios de la teología, filosofía y otras ciencias como de «principia subalternata», un término técnico tomado de Aristóteles.²² Esa aplicación de los principios del Arte a los principios de otras ciencias no es un elemento secundario del Arte sino algo constitutivo al mismo²³ que se hace a través de la tercera y cuarta figuras. En el cap. II de la tercera parte de la *Brevis practica tabulae generalis*, p. e., se trata explícitamente «De applicatione huius Artis ad philosophiam» y en especial «De applicatione principiorum huius artis ad principia philosophiae».²⁴ En el *Ars generalis ultima* se dice, *expressis verbis*, que el interés práctico de la cuarta figura radica en que en ella es presentado, más claramente que en las tres figuras anteriores, el modo por el cual las demás ciencias (la teología, la filosofía, etc.) pueden ser aprendidas fácil y brevemente. La razón es que esta ciencia universal tiene principios generalísimos, y también reglas generalísimas. Los principios de las demás ciencias se relacionan con el Arte como lo universal con lo particular. El término medio en esas ciencias es imperfecto, pues están privadas del refuerzo de la ciencia universal. Por eso, cuando las dichas ciencias particulares

²¹ *ROL* IX, op. 122, lin. 1175-89 (pp. 285-6).

²² Es preciso aclarar que Llull no niega con ello los principios de las ciencias tal y como se venían estudiando hasta el momento. Él sólo pretende demostrar la viabilidad del estudio de esas ciencias a través de la ciencia universal: «...principia theologiae, philosophiae, iuris et medicinae et aliquarum scientiarum, quarum principia iam sunt inuenta ab ipsis, qui ipsas scientias speciales fecerunt. Nos autem ipsa per artem invenire intendimus cum arte generali et cum significatis circularum, ut demus doctrinam, quomodo principia specialia scientiarum descendunt ab arte generali et quomodo significata sunt in figuris et divisionibus», *Liber de quadratura et triangulatura circuli* (ed., vid. infra not. 73, pp. 22s.). En términos aristotélicos parece que Llull no tiene inconveniente en admitir en las ciencias particulares unos «principia propria» al lado de unos «principia subalternata» de una ciencia superior, su Arte.

²³ «[Ars generalis]... est uia et doctrina cognoscendi principia specialia scientiarum specialium», *De quadratura...* ib., p. 22.

²⁴ *MOG* V, iii, 27-8 (327-8).

dudan, no disponen de principios generalísimos a los que se pueda recurrir artificialmente, cosa que puede hacer el artista conocedor del Arte luliano.²⁵ La figura tercera enseña a 'descender' de lo universal a lo particular y la cuarta enseña a deducir muchas razones y muchas conclusiones.²⁶ Está claro pues que para Llull los principios de su Arte son el camino más idóneo para progresar en el conocimiento de las otras ciencias: «Per principia autem Artis generalis et regulas principia omnium aliarum artium breuiter atque facilliter cognoscuntur.»²⁷

Esta convicción es la que da sentido y determina el contenido de *Principia philosophiae*. Este libro no es más que una aplicación de la tercera y cuarta figuras del Arte a la filosofía que no es aquí una primera filosofía en el sentido aristotélico, sino una ciencia particular entre las muchas artes subordinadas al Arte general. Se construyen aquí aquellas *infinitae propositiones* de las que el *Ars* quiere ser instrumento o arte inventiva y se van barajando los conceptos básicos de la filosofía ordenándolos desde la unidad del ente hasta la dualidad, triplicidad, cuatriplicidad etc. de conceptos filosóficos. El concepto 'filosofía' está tomado aquí en un sentido amplio. Las proposiciones abarcan una porción de temas que van desde la metafísica hasta temas triviales y cuatriviales. Aquí se trata de los principios de la filosofía en cuanto proposiciones y no en cuanto conceptos generales o en cuanto ideas constitutivas del ser de las cosas que quedan reservadas a los principios del Arte.

Puesto que el primer objeto de la filosofía es el ser, para investigar las propiedades y condiciones de este concepto 'universalísimo' nada mejor que los principios universales y reglas generales del Arte. Conocido el ser a través de los principios del Arte, está el intelecto capacitado para conocer los otros conceptos de la filosofía pues un entendimiento habituado a las cosas universales puede 'descender' a las cosas particulares.²⁸ Según esto la concepción luliana de

²⁵ «Per quartam figuram, et etiam per alias, datur modus, per quem aliae scientiae possunt facilliter et breuiter acquiri; sicut theologia, philosophia, et ceterae. Et hoc inueniendo medium non existens generalissimum nec specialissimum. Ratio huius est, quia ista scientia habet principia generalissima et etiam regulas generalissimas. Aliae uero scientiae habent subalternata principia; et sic medium eorum est imperfectum sine ista scientia. Et sic cum difficultate addiscunt longo tempore. Et quando dubitant, non habent principia generalissima ad quae recurrant artificialiter, sicut facit artista huius Artis.» *ROL XIV*, p. 117.

²⁶ «Haec figura [la tercera] docet descendere de uniuersali ad particulare gradatim... Intentio quare haec figura [la cuarta] in hac Arte est posita... quod homo multas rationes et multas conclusiones sciat inuenire», *Ars generalis ultima*, *ROL XIV*, pp. 19-20. Platzeck (Pla I, pp. 304 y 308) llama a la figura III «Urteilsfigur» (figura proposicional) y a la IV figura «syllogistische Figur».

²⁷ *Liber nouus physicorum et compendiosus*, *ROL VI*, op. 157, lin. 8-10 (p. 64).

²⁸ «Idoneum est enim, cum ens sit uniuersalissimum, eius proprietates et condiciones cum principiis Artis generalis et regulis inuestigare. Hac autem cognitione de ente habita potens erit intellectus aliorum habere cognitionem. Intellectus enim uniuersalium habitatus facilliter ad particularia condescendit, quamquam e conuerso non potest», *Metaphysica noua et compendiosa*, *ROL VI*, op. 156, lin. 5-10 (p. 10).

la filosofía parece quedar fuera de toda duda. Llull pone por encima de los principios de la filosofía otros principios más universales. La filosofía es, en el sistema luliano, una ciencia subalterna, es decir, una ciencia con principios subalternos suministrados por una ciencia superior y no aquella ciencia independiente y superior que pretendían los 'averroístas'. Una filosofía abandonada a sus propios principios sería una filosofía difícil de aprender e incapaz de integrarse en el conjunto de las ciencias. Los 'principia philosophiae' son para Llull principios particulares de una ciencia secundaria llamada filosofía y dependiente de los principios de un Arte superior y más universal.

Los principios de la filosofía son formulados en *Principia philosophiae* como proposiciones de un razonamiento demostrativo, mientras que los principios del Arte lo son como supuestos primarios que en las cosas mismas constituyen la base de su necesidad. Las dignidades no son objeto de la ciencia, sino sus supuestos. La ciencia los supone y los combina y a través de sus relaciones y cuestiones los convierte en primeros principios del conocer. Llull no busca la filosofía misma, sino el lugar de donde sacar sus argumentos para demostrar la verdad de la fe cristiana. Esta verdad precede al Arte estimulándolo en la búsqueda del objeto supremo y su estructura más íntima, en su unidad y en su manifestación plural. El objeto de la filosofía ha de ser, ante todo, estrictamente universal, no sólo en el sentido de abarcar todas las cosas, sino en cuanto concibe cada una en su dimensión de totalidad y en la unidad profunda de los últimos principios del Arte. Esos principios —no lo olvidemos— son las dignidades divinas identificadas en la unidad del ser infinito y participadas por los seres finitos.

El Arte abre así el horizonte de la filosofía. La motivación final de esa filosofía no es un análisis del ente en cuanto tal, sino el acceso a la última y única verdad, al último principio, que es Dios, y ese acceso se hace sólo a través de los atributos divinos, es decir, los principios del Arte, que son los conceptos más universales y verdaderos. Los principios del Arte son, a la vez, *principia essendi et cognoscendi*. Eusebio Colomer puede afirmar, por ello, que el pensamiento de R. Llull constituye «una grandiosa Metafísica descendente» vinculada a la gran corriente del platonismo cristiano. «Pocos sistemas medievales se han acercado tanto como el de Llull al ideal platónico y hegeliano de una lógica que sea a la vez ontología.»²⁹ Detrás de todo el sistema luliano está el teorema fundamental de toda filosofía idealista, a saber, la adecuación entre el pensar y el ser y la radical correspondencia del ser y del pensar. Un teorema cuya afirmación básica consiste en que el ser más universal y absoluto se puede entender de una manera mas clara y distinta que el ser concreto y contingente. Exige, por ello, una coin-

²⁹ Cf. «El ascenso a Dios en el pensamiento de Ramón Llull», en: *Miscellanea Mediavalis*, t. 2 (Berlín, 1963), 582-588, p. 582.

cidencia entre el contenido y la forma de conocer, entre el objeto y el acto del conocimiento. Cuanto ontológicamente más alto sea el contenido, más segura es la certeza de su inteligibilidad.³⁰ El orden del ser y del pensar se encuentran en Dios, en cuyo pensamiento infinito la realidad está prefigurada y contenida en la idea. Esto quiere decir que los pilares filosóficos del pensamiento luliano están más en su Arte que en las obras derivadas del mismo que se ocuparán necesariamente de problemas menos trascendentales. Queda así claro el carácter secundario y complementario de *Principia philosophiae* dentro del corpus luliano.

2. La filosofía y la teología

A Llull le interesa la propagación y reconocimiento universal de su nueva ciencia, por eso cuando habla de filosofía siempre hace referencia a las relaciones de la filosofía con el Arte. La filosofía es, por decirlo así, degradada por Llull a ser una ciencia subordinada al Arte y subordinada también –siguiendo el ordenamiento de las ciencias en el medioevo– a la teología, cuyo objeto es superior al objeto de la filosofía. Los principios de la filosofía se han de poner en marcha y hacer su andadura por los caminos de la nueva ciencia, del Arte, es decir esos principios han de estar subordinados a los principios del Arte y de acuerdo con los principios de la teología a la que, por principio, no pueden contradecir. En el universo intelectual luliano nada –tampoco la filosofía– podía ser dejado de la mano de Dios a los vientos del azar. El discurso luliano sobre la filosofía y sus principios tiene que considerar los puntos de referencia con respecto a la teología y al Arte que él, de entrada, ya apunta en el prólogo de esta obra.

En el prólogo de *Principia philosophiae* pone Llull la concordancia entre los principios de la filosofía y de la teología como fin primordial de esta obra. La posición de Llull defendiendo la unidad de teología y filosofía no se limitaba, sin embargo, a una mera defensa de la filosofía como *ancilla theologiae*, sino que, al afirmar la posibilidad de una prueba racional de los artículos de la fe, implicaba también la intromisión de la filosofía en los fueros de la teología y una separación estricta de las dos funciones («fides et scientia sunt diuersi habi-

³⁰ Detrás del sistema luliano está «la exigencia de una adecuación profunda del pensar y del ser y, reciprocamente, de una transparencia radical del ser al pensar, que recuerda los grandes sistemas idealistas. Exigencia que al no realizarse ni en la línea de la intelectualidad, ni en la de la inteligibilidad, en el conocimiento finito, conduce a la afirmación de un Entender infinito y subsistente, en el que pensar y ser, interactivo e inteligible, acto y objeto del conocimiento se abrazan y coinciden», E. Colomer, ib., p. 588.

tus»).³¹ Llull luchaba en dos frentes, de un lado los maestros teólogos que negaban la prueba racional de los artículos de la fe (*false theologizantes*) y de otro los filósofos que querían sacudir el yugo de los teólogos y propugnaban una labor científica independiente (*false philosophantes*). Su, en apariencia, extremo intelectualismo molestaba a los teólogos y el no querer ver los artículos de la fe como algo *contra* o *supra rationem* lo enfrentaba con los artistas.

Sobre todo a partir de esta segunda estancia en París reflexionó Llull a fondo sobre la función de la filosofía y sus relaciones con la teología.³² Entre líneas no sólo se observa un enorme descontento hacia los filósofos, expresado hasta la saciedad en sus obras antiaverroístas, sino también respecto a los teólogos.³³ En el fondo a Llull no le preocupa tanto delimitar y determinar los campos de la filosofía y la teología, sino mostrar la dependencia de ambas de los principios superiores del Arte. Tanto la teología como la filosofía son ciencias particulares subordinadas al Arte como ciencia superior. Llull, sin embargo, había dejado fuera de toda duda que ese Arte está sobre todo al servicio de la teología.³⁴ Por eso se siente Llull más teólogo que filósofo hasta el punto de presentarse en la *Declaratio Raimundi* como defensor de la teología frente a la filo-

³¹ *Ars mystica*, ROL V, p. 422. Y también: «habitus fidei et sapientiae non sunt idem specie nec numero», ib., p. 344; «credere et intelligere sunt diuersae rationes», ib. p. 382.

³² El tema de la unidad de la ciencia, en especial de la filosofía y la teología, es obsesiva en los escritos antiaverroístas de la tercera estancia en París durante los años 1309-1311. Cf. entre otros *Liber de peruersione entis remouenda*, Dist. II, q. VII: «Vtrum uera philosophia et uera theologia conueniant?», ROL V, pp. 500-2; *Liber de modo naturali intelligendi*, Prol., ROL VI, p. 188; *Liber reprobationis aliorum errorum Auerrois*, ib., p. 318; *Liber de possibili et impossibili*, Prol., ib., p. 384; *Liber de efficiente et effectui*, Prol., ROL VII, p. 274; *Liber de Deo ignoto et de mundo ignoto*, Prol., ROL VIII, p. 12; *Liber de ente, quod simpliciter est per se et propter se existens et agens*, ib., p. 231, lin. 1450ss. La posición de Llull acerca de la relación entre Teología y Filosofía ha quedado formulada definitivamente en el prólogo del *Liber lamentationis philosophiae* (ROL VII, pp. 86-9) y en la casi contemporánea «sexta ordinatio» de las diez propuestas de Llull al Concilio de Vienne (sexta distinctio del citado *Liber de ente...*, ROL VIII, p. 242s., lin. 1855-77). Dentro de la abundante bibliografía sobre el tema puede consultarse Ca I, pp. 514-531 (esp. 529-31), y Hillg, pp. 13-22.

³³ En el *Liber, in quo declaratur, quod fides sancta catholica est magis probabilis quam improbabilis* (ROL VI, p. 337, lin. 346-349) se refleja todo el desengaño y frustración de Llull frente a la teología oficial: «Isti etiam quare legunt theologiam et disputant, quia quanto plus loquuntur et disputant, tanto plus conscientias suas et omnes potentias animae et audientium uulnerant, et ad contrarium eius, quod docent, inclinant?» Llull no duda en aplicarles el duro juicio paulino (Rom I, 21): «Pretendiendo ser sabios resultaron ser unos necios». Cf. lin. 339ss.

³⁴ En el prólogo de la *Ars mystica* llega a afirmar, «...quod plus doceretur de scientia scientifice in theologia in duobus mensibus cum hac Arte, quam per alias in duobus annis» (ROL V, p. 288). El fin primario del Arte luliano es sin duda alguna una nueva Teología: «...uerumtamen sciendum est, quod, licet haec Ars in omnia materia necessaria sit, tamen propter Theologiam principaliter est inuenta; quia Theologia est finis omnium aliarum scientiarum, utpote de ultimo fine determinans», *Introductoria artis demonstrativae*, cap. I, n. 4. (MOG III, ii, 3 [57]).

sosía³⁵ dejando fuera de toda duda que es la filosofía la que se ha de subordinar a la teología. La teología es «domina philosophiae, mater atque speculum» y la filosofía es «instrumentum intellectui humano, iuuante tamen diuina uirtute ad cognoscendum principia antedicta [i.e. artículos fidei], quae sunt finis rebus istis inferioribus».³⁶ Todo su afán, sin embargo, está dirigido a unificar las dos ciencias como dos partes inseparables de su ciencia universal. Esto le lleva a hacer una original división de la filosofía en la que se incluye como tercera posibilidad una 'filosofía teológica', es decir, aquella filosofía que pretende probar por vía natural los artículos de la fe.³⁷ Al mismo tiempo divide la teología en 'positiva' y 'probativa o silogística' de tal manera que la 'filosofía teológica' y la 'teología probativa o silogística' vienen a ser una y la misma cosa.³⁸ Consecuentemente afirma que el filósofo ha de ser teólogo como el teólogo filósofo.³⁹ No es extraño, pues, que hable también Llull de una «mixtio theologiae et philosophiae».⁴⁰ Llull rechaza una teología que trabaja sólo «per habitum fidei»⁴¹ y también una filosofía que sólo trabaja «per habitum intellectus sine habitu

³⁵ En esta obra el interlocutor de Ramon, Socrates, «omnibus modis dicta philosophorum uolebat sustinere, sicut et Raimundus dicta theologorum». Cf. *Declaratio Raimundi, per modum dialogi edita contra aliquorum philosophorum et eorum sequacium opiniones erroneas et damnatas a uenerabili patre domino episcopo parisiensi*, ROL XVII, p. 255, Prol., lin. 51s.

³⁶ Cf. ib., Prol., lin. 9-10 (p. 253) y 66/68 (pp. 255-6).

³⁷ «Triplícem uero habemus philosophiam principalem, naturalem uidelicet, mathematicam et diuinam siue theologicam. Dicimus autem philosophiam talem esse scientiam, quae cum theologia conueniat», *Liber de modo naturali intelligendi*, ROL VI, p. 188, lin. 8-11. En el *Liber de ente...* (ROL VIII, p. 231, lin. 1451) distingue tres tipos de filosofía: «Videlicet philosophia, quae est naturalis, quoad entia corporalia; ista philosophia est in gradu positiuo. Et est alia philosophia, quae est de entibus spiritualibus, ut puta de anima rationali et de angelo; et talis philosophia est in gradu comparatiuo. Alia philosophia est suprema in superlatiuo gradu existens, et talis philosophia est diuina, quae est causa aliarum philosophiarum». Al hacer esta distinción entre una filosofía y las otras filosofías se aleja Llull de aquella primera visión de la filosofía como conjunto de las artes liberales.

³⁸ *Liber de modo naturali intelligendi*, ROL VI, p. 209, lin. 783-5 y p. 217, 1099-101. Llull llegó a definir la teología como «positiva consideratio, non probata per necessarias rationes» (*Declaratio Raimundi*, ROL XVII, p. 256, lin. 79). Cf. Sebastián Garcías Palou, ¿Fue Ramón Llull el primero en usar las expresiones «teología positiva» y «teólogo positivo»? *EL 2* (1958), 187-196, y Charles H. Lohr, *Sesión de investidura de Magister*, *EL 17* (1973), 113-128.

³⁹ «Philosophus non theologus tantum intelligere non potest, sicut theologus existens philosophus», *Liber, qui est de quaestione ualde alta et profunda*, ROL VIII, p. 173, lin. 800s.

⁴⁰ *Liber de modo naturali intelligendi*, ROL VI, p. 217, lin. 1099. «Vera philosophia et theologia habent concordantiam ad inuicem», *Liber de efficiente et effectum*, ROL VII, p. 274, lin. 19s.

⁴¹ «Credibilia et irrationabilia non sunt de genere philosophiae nec de natura intellectus», *Liber de modo naturali intelligendi*, ROL VI, p. 188, lin. 22-4. Llull llama «manifestissime ignorantes» a los que defienden una fe que no se puede probar «per intellectum», «...Et in hoc casu nullus debet tali fidei, quae in se et in quantum ad hoc, quod sit a Deo, est magis improbabiliis quam probabiliis, adhaerere; neque non adhaerendo potest a iusto iudice condemnari; immo adhaerendo stultus est, eo quod facit contra rationem, improbabilitati adhaerendo et probabilitatem deserendo», *Liber de fide sancta catholica*, ROL VI, p. 329, lin. 18-27.

fidei»⁴² y que no cree en una demostración filosófica de los artículos de la fe.⁴³ La filosofía de la que Llull habla no es una filosofía «per sensum et imaginationem», sino «super sensum et super imaginationem», una filosofía, en fin, «cum Deo et cum diuinis rationibus»,⁴⁴ es decir, con y desde los principios del Arte. Es, por ello, una «philosophia divina, primitiua, uera et necessaria»⁴⁵ que es, como ya hemos indicado, «causa aliarum philosophiarum»,⁴⁶ es decir, causa de las artes liberales.

Si no se tiene en cuenta esta mutua dependencia de la filosofía y la teología del Arte como elemento organizador de ambas, se presenta el término 'filosofía' en Llull de una forma sumamente equívoca. 'Filosofía' se mueve en varios grados desde una filosofía que se identifica con las disciplinas de la Facultad de Artes hasta aquella filosofía «per gradum superlativum» que ya es más una teología que una filosofía, es decir, una «alta philosophia» casi idéntica a la teología que pone de manifiesto la unidad de ambas ciencias en la única ciencia general. Al principio parece que Llull insistía en una separación de los términos filosofía y teología reservando la palabra 'filosofía' para una filosofía en grado positivo y comparativo. A medida que Llull se fue enfrentando con los representantes de la filosofía oficial de París que, según Llull, ofendían a esta ciencia negándole la entrada en el campo de la teología, habla él de una 'filosofía divina' y de una filosofía en grado superlativo. Al principio de su actividad literaria parece entender Llull por filosofía solamente el conjunto de las *artes liberales*.⁴⁷ La razón de esta preocupación intensa por una 'filosofía teológica' puede tener también su explicación en que, después de los primeros impulsos apostólicos, su vocación filosófica, refinada en sus estancias en Montpellier y París, se había ido perfeccionando de día en día, hasta el punto que ya muy pronto el filósofo estricto acaba por imponerse al polemista. En efecto, ya en el *Arbre de ciència* afirma resueltamente que los teólogos filósofos (aquellos teólogos que trabajan con el intelecto) experimentan un mayor placer en teología que aquellos otros, los teólogos positivos, que simplemente consideran las autoridades y no trabajan

⁴² Cf. *Disputatio Raimundi et Auerroistae*, ROL VII, p. 14 lin. 227ss. Cf. también *Libre de Evast i Blaqueria*, lib. 2, cap. 57: «Philosophia m'è ocasió de haver conexença de Deu...» (ORL IX, p. 194).

⁴³ «Si uere intelligis et philosophice, quod fides catholica est impossibilis, necessarium est quod sit impossibilis; ergo non oportet, quod tu credas, quod sit uera: Et si non credis, non es catholicus neque christianus», *Disputatio Raimundi et Auerroistae*, ROL VII, p. 12, lin. 124-7.

⁴⁴ Cf. *Sermones contra errores Auerrois*, ROL VII, p. 257-8, lin. 461-8.

⁴⁵ Cf. *Liber facilis scientiae*, ROL VII, p. 316, lin. 439s.

⁴⁶ Cf. *Liber de ente...*, ROL VIII, p. 231, lin. 1457, y p. 242, 1869ss.

⁴⁷ En la *Brevis practica tabulae generalis* lo dice expresamente: «Subiectum philosophiae est ens creatum... diuiditur autem philosophia in tres partes: prima pars est de trivio, in quo agitur de sermone, secunda autem de quadrivio, in quo agitur de ente mathematico; in tertia parte agitur de ente naturali», *MOG* V, iii, 24 (324).

intelectualmente.⁴⁸ De ahí que Llull no se cansa de recalcar que la filosofía es agradable al entender y reporta un placer infinito al entendimiento.⁴⁹ Así como la teología es imperfecta sin la filosofía, lo es también una filosofía que se limite al ámbito de la «*facultas artium*» y prescinda del objeto de la teología. Esa pseudo-filosofía (*infirma philosophia*) era para Llull un torso pues sólo hacía filosofía en grado positivo y comparativo y no en grado superlativo.⁵⁰ En resumidas cuentas: el teólogo, o hace filosofía, o se queda en una caricatura de teólogo.⁵¹ En otras palabras, la teología es ciencia como teología filosófica demostrativa y no como teología positiva. A Llull no le interesaba la teología positiva, sino una teología filosófica probativa que tiene su fundamento en el Arte pues este le proporciona los elementos racionales para la prueba de los artículos de la fe. Esa teología probativa es la filosofía que Llull defiende en dos frentes contra los ataques de los falsos filósofos y de los falsos teólogos. Poco antes de escribir *Principia philosophiae* ha dejado Llull en claro que la teología *per authoritates*, es decir, la que se hacía en París, es ciencia pero sólo *appropriate*, la teología demostrativa que él propone lo es *proprie*.⁵² Esta última es la verdadera ciencia teológica, la más alta y «*pus noble sciencia que totes les altres*».⁵³ La filosofía, en cuanto «*dispon la declaració de theologia*»,⁵⁴ existe en una especie de estado

⁴⁸ «Lo teòloc... ha major delectació en ses consideracions que negún altre, per raó de la nobilitat del object. E quant s'enclina a considerar les natures primeres segun filosofia, adoncs vé a sciencia e converteix las les posicions primeres que ha fetes en teologia en necessaris arguments e raons; e per açò los teòlecs filosofos han major delectació en teologia que los altres [es decir, los teólogos no filósofos], per ço car [éstos, al contrario de aquellos] atenyen de necessitat los començaments positius que simplament son considerats segons auctoritat e opinions de coses veres; per que filosofia es molt necessaria a saber teologia...» *Arbre de sciencia*, ORL XI, pp. 222-3.

⁴⁹ «Lo filosof ama saber veritat de les coses per ço que en aquell saber delectació pusca haver», ib. La razón fundamental del rechazo de una teología y una predicación que no esté fundada en la razón es simple: «...quia intellectus magis se delectat et se impraegnat per intelligere, quam per credere», *Liber de ente*..., ROL VIII, p. 243, lin. 1896s.

⁵⁰ *Declaratio Raimundi*..., ROL XVII, p. 283, lin. 68.

⁵¹ La labor del teólogo no se reduce a los 'artículi fidei'. En su *Liber de quadratura et triangulatura circuli seu de principiis theologiae* anuncia clara y brevemente que «*principia theologiae sunt articuli fidei catholicae et aliqua alia, quae dicemus*» (cód. München, Bayerische Staatsbibliothek, clm 10510, fol. 8^o) a saber, aquellos principios derivados de los principios del Arte a semejanza de los principios de la filosofía en el libro que aquí nos ocupa.

⁵² «Respondit Raimundus dicens quod theologia sit scientia duobus modis, scilicet appropriate et proprie; appropriate, secundum fidem a Deo datam, ut catholicus per fidem credat articulos fidei et sacram scripturam, quae non intelligit per argumenta; et est scientia proprie, quia intellectui non est proprium credere, sed intelligere; sed credere est illi appropriatum per supremum objectum, ut per fidem possit attingere illam veritatem, quam demonstrative non potest attingere propter aliquid impedimentum, quod habet ratione subiecti et materiae...» *Disputatio eremitaie et Raymundi super aliquibus dubiis questionibus sententiarum magistri Petri Lombardi*, MOG IV, iv, 2 (226).

⁵³ *Doctrina pueril*, cap. 75, ORL I, p. 134.

⁵⁴ *Proverbis de Ramon*, cap. 276, ORL XIV, p. 302.

simbiótico como teología-filosofía y viene a significar la primera y más importante aplicación de los principios del Arte y, por eso, se puede afirmar que «totes sciencies son per theologia».⁵⁵

Según Llull –así lo anuncia en el prólogo de *Principia philosophiae*– la verdadera filosofía se distingue de las falsas filosofías en que los principios primitivos, verdaderos y necesarios de aquella concuerdan con los principios de la teología y se derivan del Arte. La relación íntima entre teología y filosofía viene dictada por la dependencia mútua de los principios generales del Arte.⁵⁶ En contra de aquellos falsos principios filosóficos que ciertos ‘homines’ querían imponer en la Universidad de París pretende Llull formular aquí unos principios verdaderos de acuerdo con los postulados del intelecto que no pueden estar en contradicción con las verdades de la fe. El destinatario y entorno histórico de esta larga lista de proposiciones es ya el averroísmo latino aunque los averroístas no aparecen en esta obra como el enemigo claro y delimitado de la *Lamentatio philosophiae* o de aquella serie de obras escritas en su última estancia en París.

3. ¿Una filosofía *more geometrico*?

La relación de *Principia philosophia* con la producción luliana anterior está claramente explicada en el prólogo: «In hoc libro processum tenere proponimus, quem in *Principiis theologiae* tenuimus», es decir, Llull hace referencia explícita a un libro de parecidas características formales que había compuesto unos meses antes y del que éste pretende ser una continuación.⁵⁷ También deja fuera de toda duda aquello que viene a ser un estribillo en casi todos sus prólogos: la investigación de la materia del libro, es decir, los principios de la filosofía, sus conclusiones y las cuestiones a ellos pertinentes, se ha de hacer «cum principiis *Artis generalis* et cum decem regulis ipsius». Sin embargo añade, y esto es lo específico de esta obra, que quiere proceder «secundum circulos *Nouae geometriae*». Al final del prólogo indica Llull el propósito optimista de abarcar con este libro toda la filosofía afirmando expresamente que, aunque no se encuentren en este libro explícitamente tratados todos los problemas de la misma, el procedi-

⁵⁵ Ib., p. 301.

⁵⁶ *Liber de ente, quod simpliciter est per se et propter se existens et agens*, Dist. VI: Ordinationes decem, De sexta ordinatione, ROL VIII, pp. 242-3, lin. 1869-73. Véase también *Liber de modo naturali intelligendi*, ROL VI, p. 217, lin. 1106-1111: «... ut etiam cognoscat philosophiam illam, quae contra theologiam est, falsam et erroneam esse; quae magis est digna dici error quam scientia. Ex quo per consequens habere poterit notitiam certam uerae philosophiae, quae tamquam ancilla theologiae est et debet illi in omnibus esse concors». Cf. también en la *Declaratio Raimundi* los caps. 16, 24, 39 y 145 (ROL XVII, pp. 281ss., 292, 303 y 366s.).

⁵⁷ Cf. ROL XIX, p. 83.

miento por él usado ofrece enormes posibilidades para resolverlos todos. Este proceder lo juzga Llull rigurosamente científico («in hoc processu multum est de scientia») y además lo considera un precioso artificio para la solución de numerosas dudas y una inagotable fuente para futuras investigaciones («et est Ars, per quam homo sciat ipsa [i.e. secreta naturalia]...et est fons ad plures inuentiones et ad soluendum plura dubia»⁵⁸).

En los meses anteriores a la redacción de esta obra se venía Llull ocupando intensamente de la geometría. Las dos obras que determinan el estilo y estructura de *Principia philosophiae*, a saber, los libros *De quadratura et triangulatura circuli seu de principiis theologiae*⁵⁹ (Pla 95; Bonner III.37), que Llull llamó también *Geometria magna*, y el libro *De geometria noua* (Pla 94; Bonner III.39) tienen, como su mismo título indica, relación directa con la geometría. Ambas obras, todavía inéditas en la edición ROL,⁶⁰ son una nota interesante y aparentemente extraña dentro de la producción luliana de su segunda estancia en París.⁶¹ El significado, alcance y razón de ser de este inesperado discurso luliano por los campos de la geometría, es un tema del que no nos podemos ocupar aquí en toda su extensión, pues habrá de ser tratado al momento de presentar la edición crítica de estas dos obras en el contexto de la Universidad de París alrededor de los años 1297-99. La geometría, entendida, eso sí, *more lulliano*, es, en todo caso, la ciencia que determina la estructura formal de esta obra.⁶²

⁵⁸ Ibidem, pp. 89-91.

⁵⁹ Se habla aquí «de principiis theologiae inuentis secundum inuestigationem factam cum Arte generali et secundum significationem circuli albi» (cód. München, Bayerische Staatsbibliothek, clm 10510, fol. 10^{va}).

⁶⁰ Existe del primero una edición latina de un fragmento: J. E. Hoffmann, *Die Quellen der Cusanischen Mathematik I: Ramon Lulls Kreisquadratur* (Heidelberg, 1942), pp. 21-38, y una moderna traducción francesa: Raymond Lulle, *Principes et question de théologie. De la quadrature et triangulation du cercle*, trad. de R. Prévost y A. Llinarès (Paris: Les Éditions du Cerf, 1989). La primera parte de esta versión francesa ha sido reeditada en *EL* 30 [1990] 121-138. Del segundo existe una edición latina: *El libro de la «Nova geometria» de Ramon Lull*, ed. crítica con introd. y notas por José M^a Millás Vallicrosa, Barcelona 1953.

⁶¹ «El verdadero designio de Lull» en la *Geometria noua*, así lo ve J. M. Millás Vallicrosa en la introducción a la edición de esta obra (p. 50), «no es estrictamente matemático, geométrico, antes bien predominantemente filosófico». J. E. Hoffmann, *Ramon Lulls Kreisquadratur*, Heidelberg 1942, confiesa que lo que Llull desarrolla en sus libros dedicados a la geometría no tiene mucho que ver con la matemática de la realidad y de lo que se percibe por los sentidos «...es ist vielmehr die Frucht eines mystischen Sich-Versenkens, das durch den Anblick der mathematischen Figuren angeregt wird und daher zu realen Handgreiflichkeiten weder führen kann, noch soll» (p. 15). Un desprecio de estas especulaciones desde el punto de vista de la matemática moderna, aunque es comprensible, deja de lado y no trata de entender «die geistige Grundhaltung, aus der das wissenschaftliche Wirken und Streben Lulls wie auch des Cusaners herausgewachsen ist und aus der es allein wirklich begriffen werden kann» (p. 19), es decir, la orientación fundamental del pensamiento luliano de donde hay que partir necesariamente para comprenderlo a fondo.

⁶² Desde la edición del *Liber de geometria noua* por José M. Millás Vallicrosa este libro ha sido objeto de detenida atención por algunos autores. Cf. R. D. F. Pring-Mill, «El número primitivo de las digni

En apariencia parece estar la geometría muy lejos del fin primario de la ciencia luliana que es la demostración racional de los artículos de la fe. La búsqueda de la forma de demostración más idónea para su nueva ciencia es, sin embargo, una constante de su discurso científico y, en el fondo, su preocupación primordial. En este sentido creemos que pueden considerarse los *Principia philosophiae* una reflexión sobre un posible proceso discursivo de cara a descubrir nuevas formas de demostración, es decir, nuevas formas de demostrar la veracidad de los artículos de la fe. En esta obra no sólo enuncia Llull categóricamente unas proposiciones o principios, sino que enseña también a deducir de cada uno de estos principios una consecuencia o conclusión. Se trata, pues, de una operación discursiva en la cual se deducen necesariamente unas proposiciones de otras. Este proceso deductivo, donde se derivan ciertos enunciados de otros enunciados, podría ser un intento más de perfeccionar y adaptar a las necesidades del momento su arte demostrativa.

Llull confiesa en el prólogo que toma aquí la geometría como punto de partida para la ordenación de esos principios y sus conclusiones. Como la geometría era una ciencia que en la estructura del saber medieval se consideraba el comienzo y punto de partida del *quadrivium*, que con el *trivium* formaba el conjunto de las *artes liberales*, nos hace suponer que esta obra está dirigida a los *artistae* de París y tiene como trasfondo el ambiente de la Facultad de Artes. Podemos suponer que esta preocupación luliana por la geometría nace como consecuencia de aquel inesperado careo de Ramon Llull con el ambiente científico de París y, más concretamente, con la teoría científica aristotélica que dominaba en aquellas fechas los medios intelectuales de la primera universidad de la cristiandad sobre la que se ha hablado más arriba. En líneas generales podemos apuntar que este encuentro no sólo le llevó a una reconsideración de los principios de la teología y la filosofía, sino también a tener en cuenta una serie de ciencias que él no había estudiado según los métodos y textos usados en los centros de enseñanza superior. Entre ellas hubo de considerar la geometría que aprendían los artistas a través de los *Elementa* de Euclides.

Desde el punto de vista de una teoría de la ciencia son los trece libros de los *Elementa* la primera ejecución de un programa científico axiomático-deductivo. La estructura de ese proceso es simple: como corolario de tres grupos de proposiciones no demostradas ni demostrables, a saber, definiciones, postulados y axiomas resultan otras funciones derivadas llamadas problemas y teoremas. Los

dades en el 'Arte general', *EL* 1 (1957), 309-334, esp. pp. 325-334, y Josep M. Ruiz Simon, «De la naturalesa com a mescla a l'art de mesclar», *Randa* 19 (1986), 69-99, esp. pp. 98s. Sobre las diferencias del concepto luliano y escolástico de geometría habría mucho que añadir y aclarar a lo que apuntan las introducciones de las citadas ediciones de ambos libros de tema geométrico; lo mismo se podría decir sobre el significado de los círculos.

teoremas demuestran las propiedades generales de las figuras geométricas con ayuda de los tres grupos de principios y de, ya previamente, demostrados teoremas. De todo esto resulta un sistema de proposiciones dependientes las unas de las otras. La búsqueda de un orden geométrico aplicable a la teología y a la filosofía no es nuevo y no será Llull el último en soñar con una transparencia y unidad geométrica en el conjunto del saber.⁶³ En un largo y complejo proceso de reflexión sobre el método de las diferentes disciplinas a lo largo de la Edad Media también hubo intentos de adaptar ese *mos geometricus* euclidiano a las otras ciencias, incluso a la teología. Hasta qué punto recoge Llull tendencias latentes en la intelectualidad parisina sobre la concepción de la ciencia teológica como un sistema proposicional axiomático-deductivo en la tradición de los *Elementa* de Euclides es difícil de precisar.⁶⁴ Este sistema geométrico formaba parte de una reflexión general sobre los métodos de las ciencias particulares y jugaba un papel importante en la reflexión filosófica del entorno donde Llull va a hacer su discurso sobre la geometría.

Esto no quiere decir, sin embargo, que Llull se haya pasado el trabajo de estudiar a fondo los teoremas de la geometría euclidiana. Llull utiliza solamente elementos de la geometría para explicar mejor su Arte. Llama la atención que cinco años antes en Nápoles, en su *Disputatio de quinque sapientibus*, todavía consideraba Llull el proceder discursivo de la geometría como algo totalmente ajeno al fin primordial del Arte, es decir, al proceso demostrativo de los artículos de la fe. La «art de la geometria» trata «de les coses corporals paupablement segons sensibilitat».⁶⁵ El teorema geométrico es una «demonstratio palpabilis» y, como tal, ajena a la filosofía superior. Al verse Llull confrontado en París con la geometría euclidiana y en su afán de unificar con su Arte todas las ciencias, busca también unir esa ciencia matemática con la teología y la filosofía. La geometría se convierte para él en una «scientia utilis», pues es una ciencia que «nutrit imaginationem ad imaginandum mensuras phantasticas per sentitas» y, por eso, una base ideal para el ejercicio de la inteligencia y de la memoria. Si la

⁶³ Algazel exigía para el verdadero saber un método semejante a la manera de proceder de la geometría y ve en la deducción matemática el método ideal de la ciencia: «Sciencia autem est sicut accio geometrie secundum quod exigit sciencia vera» (*Metaphysics*, ed. Muckle, Toronto, 1933, p. 73). Cf. Pla I, p. 101-4; Hillg, p. 19s. Sobre la importancia de la 'Theo-logica' de Algazel en la concepción luliana de la ciencia cf. Pla I, p. 274. Platzcek está seguro que aunque Llull pudo estar tentado a seguir el 'more geometrico' de Algazel en la teología metafísica, superó esa tentación buscando una solución más acorde con la tradición cristiana occidental.

⁶⁴ Muy informativo en este contexto es el artículo de Mechthild Dreyer, «Apodeiktische Wissenschaft und Theologie im 12. Jahrhundert», *Knowledge and the Sciences in Medieval Philosophy*, Proceedings of the Eighth International Congress of Medieval Philosophy (S.I.E.P.M.), Helsinki 24-29 August 1987. Helsinki 1989, Vol. III, pp. 34-41.

⁶⁵ Cf. Josep Perarnau i Espelt, «La *Disputació de cinc savis* de Ramon Llull», *ATCA* 5 (1968), 7-187, p. 32.

geometría «est bona ad fortificandum imaginationem ad ymaginandum» lo es también para fortificar el entendimiento «ad intelligendum» y lo mismo ocurre con la memoria pues «quanto imaginatio habet maiorem uirtutem et dispositionem ad imaginandum, tanto memoria maiorem uirtutem habet et dispositionem ad retinendum species, quas intellectus sibi tradit, quas cum imaginatione acquirit». Con la geometría llega la imaginación a un grado tal de abstracción, que por ella reciben el entendimiento y la memoria una ayuda inigualable para seguir ascendiendo al conocimiento de los objetos (filosóficos y teológicos) que, aún siendo imaginables, no pueden ser alcanzados por la imaginación, sino sólo conocidos en su realidad infinita y amados espiritualmente: «...et huius imaginatio est de illo genere, in quo imaginatio est magis alta et per quam intellectus et memoria habent maius iuuamen ad attingendum obiecta imaginabilia, quae non possunt imaginari sed intelligi realiter et amare spiritualiter, sicut est Deus, angelus, et prima principia generalia et abstracta». Llull ve, pues, en la geometría una ciencia muy digna de ser amada por la certeza de sus conclusiones («quia per se ipsam est intelligibilis») y es también, por eso, muy útil a aquellos «qui habere desiderant bonum intellectum ad intelligendum et bonam memoriam ad recolendum».⁶⁶ El saber matemático ha de ser necesariamente un camino para encontrar la verdad, un «ars inveniendi ueritatem», porque esa verdad es una y única en una unidad absoluta del saber. Es un buen ejercicio, es como una antesala del ascenso intelectual definitivo.

El sentido último de la conexión luliana entre geometría y filosofía es mostrar como en la estructura del axioma matemático se puede comprender el grado de perspicuidad a que han de llegar los principios de la filosofía y de la teología. Una filosofía *more geometrico* abre al entendimiento aquel horizonte de claridad y distinción por donde ha de moverse un entendimiento que quiera ascender por encima de lo meramente sensible. Para Llull es el ejercicio matemático de la mente el umbral para la necesaria abstracción que exige el saltar la esfera de lo sensible.⁶⁷ No olvidemos que la filosofía luliana no se contenta con el rechazo de argumentos racionales contra la fe o con la mera demostración de una compatibilidad de los conocimientos de la fe con los conocimientos de la razón. El sistema luliano exige la prueba y demostración racional de las verdades de la fe. El conocimiento teológico, por razón de su objeto, ha de ser más claro y racional que los conocimientos fundados en la matemática. Incluso un axioma

⁶⁶ Cf. la introducción a la segunda parte del segundo libro de la *Geometria noua* (ed. citada, pp. 84-5). Las citas tomadas de este libro están corregidas según la edición manuscrita preparada para ROL.

⁶⁷ En el *Liber de quadratura et triangulatura circuli seu de principiis theologiae* afirma: «Deus non habet corpus nec est substantia, quae figuram habet uel quantitatem. Verumtamen per circulum, mensuras et diuisiones aliqua principia inuestigare uolumus, ut de Deo et de suis operationibus maiorem cognitionem habere ualeamus» (cod. München, Bayerische Staatsbibliothek, clm 10510, fol. 9^o).

matemático, como, por ejemplo, el triángulo tiene tres ángulos, no se presenta a la razón con tanta evidencia como la trinidad de Dios.⁶⁸

La pretensión luliana no era darle a los maestros artistas unas lecciones de geometría, sino poner esa ciencia al servicio de su visión universal del saber. Llull expone ante aquellos filósofos artistas su profunda convicción de que la verdad es una y única y que, por tanto el saber forma una unidad absoluta e inseparable. Es, en todo caso, una llamada de atención a los fundamentos de la epistemología luliana y presupone sobre todo el freno de una posible doble verdad que Llull, con razón o sin ella, veía que se iba introduciendo entre los artistas parisinos. El «more geometrico» que él impone a esta obra es, por otro lado, meramente formal y no supone, como él mismo dice en el prólogo, un abandono de los postulados fundamentales de su Arte. Los *principia philosophiae* expuestos por Llull en esta obra no son una reducción de la filosofía a la geometría, sino parte de un proceso en dirección contraria: la reducción de todas las artes, incluida la geometría, a una filosofía que se define de entrada como «effectus primae causae» y como «instrumentum et speculum, cum quo homo habeat de theologia cognitionem».⁶⁹ En este punto no ha cedido ni un palmo en sus convicciones. La filosofía sigue siendo para Llull *ancilla* en el sentido estricto medieval del término, un instrumento para otro fin superior.

Ante la amenaza de un cisma entre filosofía y teología que se hacía cada vez más evidente en París de los años 1297-99, quiere Llull galvanizar su profunda convicción de la unidad de todas las ciencias y la superioridad de la teología. A Llull, como a los franciscanos Buenaventura y Bacon, le interesa reafirmar la vieja idea de la unidad del saber:⁷⁰ un saber en aquel sentido antiguo, que aún está vivo en Copérnico y Kepler, según el cual la ciencia tiene una dimensión sapiencial que consiste en comprenderlo todo como suprema armonía en sus partes. La ciencia es un escalón para la comprensión de lo divino y su ordenamiento en el cosmos sensible como manifestación de suprema armonía. Orden y armonía que se manifiesta en el equilibrio de todos los elementos como manifestación de la sabiduría divina *ad extra*. Tal armonía no se puede expresar mejor que con los elementos matemáticos del número y la figura. Era creencia medieval que la obra divina está determinada por los matemáticos número y figura,

⁶⁸ En la *Disputatio eremita et Raimundi super aliquibus dubiis quaestionibus Sententiarum Magistri Petri Lombardi*, escrita poco antes en París, dice Llull: «...intellectus certius attingit supradictam distinctionem [es decir, la trinidad], quam quando intelligit, quod triangulus habeat tres angulos: et ratio huius est, quia attingit praedictam distinctionem per infinitas rationes Dei, et attingit angulos trianguli per sensitivum et imaginativum *MOG* IV, iv, 3 (227). Cf. también *Liber de fide sancta catholica*, *ROL* VI, p. 330, lin. 49-51: »Deum autem esse est necessarium et demonstrabile demonstratione magis necessaria, quam sit aliqua demonstratio mathematica«.

⁶⁹ Prologus (*ROL* XIX, p. 83).

⁷⁰ Así lo ve F. van Steenberghe, «La signification de l'oeuvre anti-Averroïste de Raymond Lulle», *EL* 4 (1960), 113-128.

por eso es el cosmos en sí matemáticamente formado y matemáticamente comprensible.

Toda ciencia que busca el conocimiento de las cosas –también la geometría– ayuda a conocer el creador de las mismas. Esta idea (en parte enciclopédica y en parte muy concreta) mueve a Llull en todas sus investigaciones. Una idea que consiste en llegar a la universalidad de los conocimientos por un nuevo Arte fundado en principios universales. El hombre se coloca, como todo un señor, de frente a la naturaleza, conociéndola y obligándola a que se declare en sus leyes. Esas leyes que rigen la creación que son reflejo de las formas y leyes que rigen al Creador. Puesto que la naturaleza se da a conocer por su bondad, ignorarla es vivir en pecado. Conocer esa naturaleza a medias, es decir, por sí y en sí misma, olvidando su relación con el Creador, es también una forma de ignorancia. En términos lulianos: La ciencia no es perfecta sino en su dimensión universal, es decir, en el Arte, pero el Arte, a su vez, es el que da unidad a la ciencia. Haciendo depender toda ciencia del Arte pone Llull un elemento de trascendencia y universalidad en toda ciencia particular.

Otro aspecto interesante se puede apuntar como observación general a esta excursión geométrica luliana escrita tres años antes de la *Logica nova*, una obra, que pudiéramos llamar, clave en el proceso de enfrentamiento de Llull con la teoría científica aristotélica. En ella se distancia Llull de la lógica escolástica y formula una ‘nueva lógica’ sobre todo de cara a la doctrina de la demostración. Esta segunda estancia en París gracias a fructuosas e interminables discusiones teológico-filosóficas es para Llull un período de toma de conciencia de la problemática conciliación de su Arte con las estructuras científicas aristotélicas. Para Llull el estudio de la lógica, y de la filosofía en general, no es un fin en sí mismo, sino la base para conseguir certeza, para mostrar cómo se distingue lo verdadero de lo falso. Llull no buscaba una lógica que le garantizase solamente la validez o vigencia lógica de los argumentos, sino también la verdad de la conclusión, que depende, por supuesto, de la verdad de las premisas. De aquí deriva, quizá, su interés por la geometría que él considera como un modelo de conocimiento cierto e inmutable. Cuando Llull intenta, pues, mostrar los principios comunes de la filosofía, se refiere específicamente a una ciencia que por axiomas verdaderos deduce la verdad de unas conclusiones y que no solamente garantiza la validez lógica de las mismas. El instrumento de investigación de la lógica aristotélica necesita un largo aprendizaje. Llull propone un método más fácil y seguro.⁷¹ El primer paso para lograrlo era prescindir del complicado vocabulario técnico y encontrar un lenguaje universal nuevo. La pretensión de la lógica en boga era poseer una ciencia universal. Esto, desde un punto de vista

⁷¹ Cf. *Logica nova*, prol. (ed. Ch. Lohr, Hamburg 1985, p. 4).

pragmático, era más una ilusión que una realidad, mientras estuviera atada a un lenguaje artificial de difícil aprendizaje. Los objetos inteligibles de la geometría, en cambio, no se aprenden bajo la base de un lenguaje convencional, cualquier mediano entendimiento en cualquier idioma puede comprender directamente y de inmediata intuición las definiciones, postulados y axiomas de la geometría y deducir sus teoremas. Llull soñaba con una estructura geométrica del saber en este sentido último donde quedarían salvadas las barreras del idioma y donde toda proposición podía tener fácil y diáfana traducción.

Llull pone el círculo como punto de partida y elemento ordenador de sus *Principia philosophiae*.⁷² Salvo esta indicación, no se presenta a lo largo de todo el libro ningún otro tema geométrico. En esta forma de organizar el contenido de esta obra se oyen los ecos del *Libre de contemplació*: «Cové que sapia afigurar figures sensuais per tal que s pusca mudar a contemplar vostre secret ab figures intellectuais.»⁷³

El quehacer constante de la escritura luliana está dictado por la unidad absoluta de la ciencia, pero hay una segunda preocupación además del sueño de ver las ciencias encadenadas entre sí: la comunicación del Arte. Si se puede decir que a toda ciencia acompaña un arte, el arte de comunicar la ciencia, en Llull existe el mismo impulso como arte de comunicar su Arte. Pero aunque él recibió el Arte por iluminación, nadie le dio la fórmula exacta, el modelo definitivo de su presentación al público. La inmensa producción luliana no es otra cosa que un dar vueltas y más vueltas, una reflexión continua, acuciante y obsesiva, sobre la mejor manera de comunicar el Arte. Por eso se pueden considerar los *Principia philosophiae* como un nuevo intento de comunicar el Arte luliano valiéndose de elementos de la ciencia geométrica. A Llull parece que le fascinó aquella delicada gimnástica mental de la geometría y su conciso lenguaje y pensó que podía servir para acercar el Arte a aquellos interlocutores que por su educación lógica no estaban preparados para aceptar la estructura del lenguaje de figuras y letras del Arte. La obra que aquí presentamos es un intento de explicar el Arte a través de una estructura visual geométrica encadenando razones intemporales y universales. Llull pensó que como la filosofía es expresión de la verdad se puede enseñar como una serie ininterrumpida de proposiciones verdaderas que aseguran un ejercicio de la razón en las estructuras mentales del

⁷² En el *Benjamin maior* de Ricardo de St. Víctor (PL 196, 102) el círculo como forma de consideración (Platzeck, *EL* 8 (1963), 146). La fuente primordial es el comentario de Proclo de Licia (412-486) sobre el primer libro de los elementos euclidianos. Es llamativo ya el hecho de que el mismo Euclides antepone la definición del círculo a la definición de las demás figuras planas, aunque éstas antecedan al círculo en el orden de los teoremas. Ahora bien, en cuanto a la definición del círculo (definición XV) de Euclides dice Proclo: «El círculo es la primera, la más sencilla y la más perfecta de las figuras...» (p. 147)

⁷³ *Libre de contemplació en Deu*, cap. 335 (ORL VIII, p. 239).

Arte. No se entiende esta obra si no se tienen en cuenta los problemas prácticos que se le presentaban a Llull para dar cabida a sus disquisiciones filosóficas dentro del ambiente parisino que él conoció a fondo en esos dos últimos años.

Aceptada la unidad de la ciencia se le arrima aquí la consecuente idea de que toda puerta particular de una ciencia es buen camino para entrar en el recinto de la ciencia universal. No le interesa el contenido de la geometría, sino la estructura interna de esa ciencia para reconocer en ella una estructura superior filosófica que es a su vez camino para la ciencia superior, la teología. Sin embargo, *Principia philosophiae*, aunque está dirigido al público instruido en las artes liberales, no supone necesariamente esos conocimientos, es decir, aunque está dirigido a aquellos que conocen los libros de geometría en boga, la geometría no es fundamento y razón de ser, sino sólo fachada y puerta de acceso. La obra luliana, no sólo el libro que aquí nos ocupa, se expresa en términos de un 'bilingüismo' filosófico, es decir, en un lenguaje que pretende ser inteligible al público docto y al indocto. Su ciencia no es sólo para aquellos habituados al vocabulario técnico de las materias del *trivium* y del *quadrivium*. Llull pretende escribir una filosofía que pueda ser enseñada a todo el mundo, él pretende en el fondo una reconciliación del estudio con el buen sentido.

La comunicación de la ideas pone a Llull frente a dos cuestiones, aquella del género literario y aquella relativa al estilo, que él resuelve de manera singular y múltiple según el contexto. El *Liber contemplationis*, p. e., está escrito en un tono de confidencia como el recuento de una aventura personal. *Blaquerna* y *Felix* en un ropaje de amena literatura. Su obra se mete en prosa y en verso, en latín y en romance. Al presentar su ideario a los doctores de la Sorbona ha de buscar otro género. En *Principia philosophiae* se decide por una especie de puntos de meditación ordenados: presenta primero teoremas y problemas, como harían los geómetras, y a continuación disputas y cuestiones, como hacen los filósofos para quien atentamente quiere considerar o meditar. No es un libro de lectura sino de reflexión. Es por tanto una exposición *more geometrico* en el sentido que se basa en definiciones, postulados, axiomas o nociones comunes, proposiciones y demostraciones. A todas ellas sigue un debate, una discusión organizada con sus objeciones y respuestas.

Por eso podemos afirmar que la rígida numeración de las máximas o *principia philosophiae*, rigurosamente seguida por todos los manuscritos, no tiene solamente un valor pedagógico o no es simplemente un medio de facilitar la consulta, sino una forma que conviene a un discurso rigurosamente ordenado y sin literatura. No hay riesgo alguno de 'literatura', es un discurso simple y breve, imposible de mover pasiones de orador, ni escapes de filosofía moral, sino solamente dictado por un espíritu de geómetra. Esta rigurosa escasez de medios no es nueva, pues tiene en Llull sistema. Llull sabe que la elocuencia

tiene fuerza y belleza incomparables y que la poesía tiene sus delicadezas, pero eso no es específico de cristianos, elocuencia y poesía la tiene el moro y el judío, lo específicamente cristiano es la verdad de la religión con la que ninguna otra puede competir. Si la verdad es evidente, la comunicación de las ideas claras y distintas no necesita otra cosa que su presencia. Nada debe estorbar la exposición desnuda de la verdad.

A medida que Llull va aprendiendo a filosofar declina su pasión poética y retórica. La exclusión de aquella retórica, tal como la entendieron los antiguos, es, pues, parte de su método misional y por eso se va excluyendo progresivamente en el discurso luliano. La cuestión es fundamental porque desde Grecia el arte de hablar se siente como una amenaza para el arte de pensar. El primado de la verdad exige que no se pueda poner el arte de hablar por encima del arte de pensar. La retórica es ciencia de lo probable y no de lo verdadero y, por ello, debe estar fuera de la filosofía. Llull en su experiencia misional ha experimentado la diferencia entre estar en lo cierto y estar persuadido de algo. La *opinio* se contrapone a la *scientia*.⁷⁴ La opinión es aquello que parece verdad a la masa mientras la ciencia ha de ser la garantía de la verdad. El *Ars luliana* es, por ello, búsqueda (investigatio) y descubrimiento (inventio) de un conocimiento puramente inteligible que persuade por sí mismo sin necesidad de un arte de persuadir. El *ars rhetoricae* es una tarea inútil, una técnica que no cabe en el *Ars inueniendi ueritatem*.

Esta búsqueda de la certeza por encima de toda retórica filosófica o religiosa es lo que lo obliga a hablar de una nueva geometría, de unos nuevos principios y de una nueva certeza. La verdadera filosofía es, por ello, una aliada de la teología para probar los artículos de la fe de una manera tan cierta como dos y dos son cuatro. La persuasión verdadera no viene de la religión, ni de la predicación ni de la palabra, sino de razones naturales evidentes. Para Llull existe una apologética para los ignorantes que no exige más que celo y paciencia y una apologética para los intelectuales que demanda espíritu y ciencia. Llull, convencido que posee la verdad, está convencido también que lo único que hace falta es comunicarla, meterla a plena luz para eliminar las tinieblas del error. La Universidad le puede dar el apoyo pedagógico y logístico para su acción, pero no puede cambiar sus postulados.

Llull se fue percatando poco a poco de la originalidad y novedad de su pensamiento, pero terminó de caer en la cuenta de la dificultad que suponía acostumar las mentes educadas en la lógica escolástica a su nueva ciencia. El mallorquín autodidacta necesitó el contacto asiduo con aquellos maestros que se habían nutrido desde la más tierna infancia en la gramática y la lógica, aquellos,

⁷⁴ Cf. *De conuersione subiecti et praedicati et medii*, prol. (ROL VI, p. 262).

en fin, que, al contrario de Llull, «suum intellectum in acquirendis scientias nutrierunt»⁷⁵ y estaban por tanto habituados a un ejercicio lógico rígido y consecuente marcado por la enseñanza escolar. Llull no tardó en ver que frente a los maestros de París un tratamiento de choque, con su Arte desnuda y sin introducciones, podría dañar para siempre al paciente. La dificultad inherente a la comunicación de su pensamiento le obligó a considerar su presentación bajo diferentes formas y modelos. En *Principia philosophiae* Llull no va a la filosofía por ella misma, como un fin en sí y tampoco como reacción a cuestiones provocadas por amigos o adversarios (como en el caso de otras obras escritas en su estancia en París, como la *Declaratio Raimundi* y las *Quaestiones Attrebatenses*). Esta filosofía luliana se orienta al público docto de París que tiene fundadas razones para rechazar su Arte. Y como estos doctores están acostumbrados a valorar la evidente verdad de los axiomas geométricos, se les sirve la filosofía luliana a través de principios generales y asequibles a todo conocimiento. Pero la erudición en geometría y artes liberales, así como el aprendizaje duro de la lógica de Aristóteles son para Llull una vía lenta y peligrosa, contraria, incluso, a la esencia misma de la filosofía. La filosofía pide un ascenso. La sabiduría de los filósofos no se puede limitar a una suma de hábitos, recetas y consejos; la sabiduría se funda en términos de conocimiento y de verdad, exige una verdadera disciplina de la razón, un esfuerzo para elevarse a una visión sintética desde donde todo el universo se abraza en un orden: el Arte.

Por eso hablando de geometría no se cita a Euclides, pues las verdades euclidianas son verdades pero verdades fragmentarias sin conexión superior. La ambición primordial y fundamental luliana es una ciencia única que va enumerando las verdades y descubriendo sus conexiones, sus consecuencias y sus cuestiones, como una invitación a ir más lejos. La filosofía luliana es geométrica y sencilla como la sucesión de figuras y combinación de letras. Ciencia simple y no ciencia orgullosa. Él necesita del sabio para hacerla pública aunque sabe que su peor enemigo no es el incompetente, el ignorante, sino el docto o el que se cree tal. Aquél que pasa sus días cavilando sobre las artes liberales no descubre el verdadero camino y orientación final a donde han de ir a parar todas las ciencias.

Llull ha ensayado muchos estilos, el usado en esta obra de lo más seco y de tal concisión que hace difícil el resumen. En el desarrollo de la exposición de las máximas en cada capítulo no sigue un orden determinado, lo cual indica la falta de un hilo conductor o una rígida estructura en la formulación de las máximas y sus correspondientes consecuencias o cuestiones. Su estilo y el trasfondo ideológico del mismo muestran la condición fragmentaria discontinua propia de

⁷⁵ Cf. *De ascensu et descensu intellectus*, prol., ROL IX, p. 20.

alguien que no alcanza a dominar el conjunto. Llull no se ha preocupado de estudiar geometría; esta ciencia del *quadrivium* es sólo arranque para un entender metafísico y andamio para la memoria. Inventa en su excursión geométrica un lenguaje casi privado. Se mete campo a través por los terrenos de la matemática sin conocer a fondo ninguna ciencia y sin pararse a estudiar sus textos. Su afán de tocarlo todo se pudiera interpretar como si quisiera sacarse la espina que tan clavada tenía de su falta de formación universitaria. Su percepción de la geometría como de otras ciencias es la de un autodidacta que está entre el asombro y la admiración, recogiendo sólo los estímulos que no enturbiaban la mirada que traía puesta en la eficacia absoluta de su Arte. La gran urbe y la parla intelectual de sus maestros golpea de tal modo a Llull que tanto esta obra como las que anteriormente escribió en París son como una tablilla de cera en que se imprimen ligera pero inconfundiblemente los rasgos de aquella universidad sin cambiar para nada la estructura interna del Arte traído desde el monte Randa en la isla de Mallorca.

Fernando Domínguez
Raimundus Lullus Institut
der Universität Freiburg

RESUM

In the *Principia philosophiae*, the last work Llull wrote during his second stay in Paris, the «principles» are aridly structured with explicit reference to the *Liber de geometria nova*, written during the same stay in Paris. This geometrical formulation of philosophical discourse was stimulated by scholastic interest in Euclid and by the various attempts since the twelfth century to construct a rational theology based on an axiomatic method. More than these formal preoccupations, however, Llull was primarily interested in clarifying the function of the principles of philosophy within the universal context of his «Ars generalis», whose basic principles are simple concepts applicable to all levels of reality, including a particular science such as philosophy. On this basis, philosophy can construct (complex) propositions of an axiomatic nature. Such philosophical principles or propositions, which lead to the possibility of demonstration, must however accord with the principles of theology. This implies the intrusion of philosophy into the field of theology, while at the same time maintaining a strict separation between the principles of each. But Llull was not as interested in marking the boundaries between philosophy and theology as in showing the dependence of both on the superior principles of his universal Art.